



BAÑO DE REALIDAD

Al abandonar de entrada sus principios, Rajoy se obliga a un pragmatismo radical que sólo puede justificar el éxito

CON el amargo baño de realidad del viernes, el Gobierno ha aterrizado de bruces ante la verdadera dimensión del reto que ha asumido al hacerse cargo del poder. Lo que sorprende no es tanto la escandalosa desviación del déficit sino la ingenua falta de cautela con que los dirigentes del Partido Popular y el propio presidente afrontaron la investidura. Después de una campaña de ambigüedades deliberadas —resumidas en el célebre «depende»— no se comprende el rotundo pronunciamiento inicial contra la subida de impuestos, que ha dejado a Rajoy desnudo ante su primera gran renuncia. El durísimo ajuste de fin de año envía a la opinión pública dos mensajes diáfanos, uno negativo y otro positivo. El primero es que la situación es mucho más crítica de lo que atisbaban las previsiones más pesimistas. El segundo, que el Gobierno está dispuesto a afrontarla con determinación y a gobernar si es preciso contra sus propios principios.

Al abandonar de forma tan abrupta su inocencia, el presidente y su equipo se obligan a sí mismos a un pragmatismo dramático y radical que sólo puede quedar justificado por el éxito. El *tributazo* no sólo resulta una medida antipática para los votantes del Partido Popular, sino una negación diametral de los postulados políticos del centro derecha, hasta hace dos días reafirmados de forma insistente por sus portavoces más cualificados. Supone un perjuicio manifiesto para las clases medias, perjudica el consumo y ataca al crecimiento, pero además compromete las bases mismas del discurso liberal. Al implantar este severo incremento fiscal en su primera decisión de gobierno, el Gabinete emite una pavorosa señal de emergencia: las circunstancias son tan graves que requieren empezar por una monumental palinodia de sus creencias fundamentales.

Empero, subyace al fondo de la cuestión una sospecha de cálculo político. Con las elecciones andaluzas en el horizonte, el Gobierno emprende el doloroso ajuste repartiendo cargas incluso sobre su propio electorado para que nadie pueda acusarlo de trato desigual. Ha aprovechado la legitimidad reciente de su mayoría para adoptar una medida de índole socialdemócrata que emite, sin necesidad de subrayarlo, el mensaje de una imposición sacrificial a las rentas altas, los «ricos» de la retórica socialista. Desarma así al principal adversario a costa de tensar al límite la lealtad de sus votantes en una decisión de enorme riesgo que sólo puede compensar el logro final de la estabilización económica. Respaldado por el enorme depósito de confianza recibido en las urnas, Rajoy ha arrancado con un golpe de extrema audacia: ha quitado la red para caminar sobre el vacío. Se desprende en el primer minuto de sus premisas y axiomas programáticos —decir ideológicos sería exagerado— para establecer la prioridad absoluta sobre los fines. Fuera máscaras: desde ahora sólo vale la ley de la eficacia.